te, disparatada y caprichosa; pero, sin duda, encierra un poder mágico para permitir a una cupletista revelarse como artista fuera de serie. Y Lola Flores, que lo es, armó un verdadero alboroto escénico cantando *El Lerele*. ¿La melodía inspirada y flamencoide de Monreal? ¿La incontenible furia con que Lola obligaba a bailar a las faldas como agitadas por un tremebundo huracán? ¿La explosión de un temperamento original y avasallante? ¡Cualquiera establecería la razón del exitazo de la zambra de Currito y el compositor de Ricla! Lo histórico, lo irrefragable, es que la bella y escultural cancionista jerezana debió a *El Lerele* la ascensión a la cúspide de la celebridad nacional y extranjera en que hoy se halla».[11]

Esta etapa norteña de los cafés-cantantes fue primordial en la formación artística de Lola Flores, que forjó en ella, con las diarias pruebas de fuego ante el público, las características de su personalidad arrolladora en los escenarios y se endureció en las adversidades, sacando fuerzas de flaqueza, ingeniándoselas para captar la atención de públicos distraídos e incluso adversos o refractarios al tipo de canción que interpretaba. Combinando imaginación y sensibilidad, se inventó a sí misma y supo extraer personalísimas chispas de repertorios ajenos, tanto en el cante como en el baile, consiguiendo eso por lo que tantos artistas suspiran: un estilo propio.

Conviene hacer aquí un pequeño paréntesis para subrayar lo que algunas sabias gentes del flamenco tienen muy claro: frente a ciertos tópicos que se hicieron rodar sobre la categoría artística de Lola en el sentido de que lo único realmente valioso de ella sería el derroche de personalidad que efectuaba en cada una de sus actuaciones, los que conocen a fondo el asunto sostienen que la estrella sabía y era capaz de hacer en cada momento lo que se proponía, que cantaba bien, con sentido y siguiendo la música, y que como bailaora tiene su sitio en la historia seria del flamenco, pues además de bordar prodigiosamente algunos aires como la zambra, las bulerías y las sevillanas —la película de Carlos Saura ilustra magistralmente al respecto—,[12] improvisaba de maravilla y siempre sabiendo dónde pisaba, como me revela Manolo Ríos Ruiz, mi mentor y guía en esas difíciles y exigentes aguas de la música flamenca.

«Desde el punto de vista flamenco —me cuenta—, como de verdad interesó siempre Lola Flores fue como bailaora. ¿Cómo

se puede decir que no sabía bailar? ¿Es que acaso perdía el compás en algún estilo? No, siempre bailó sobre la música que le marcaban o sobre la que ella misma pedía que le tocaran en determinados instantes de su actuación. Improvisaba por sabiduría, nunca por ignorancia. ¿No era auténticamente un prodigio, viéndola bailar la zambra, un ritmo tan denso y pausado, como sosteniendo el cante de Caracol y yendo de un lado a otro del escenario, llenando la escena de danza jonda con ese braceo ondulante y barroco, inefable por personalísimo y totalmente nuevo? ¿Acaso no se precisa ser una gran bailaora, aunque sea por pura intuición, para conseguir tamaño efecto artístico, flamenco en una palabra, llevada de esos sones? Y si por bulerías Lola Flores ha sido una de las más largas intérpretes de la historia de ese baile jerezanísimo, cuando contemplamos su versión de las sevillanas en la película de Saura, hay que reconocer que nunca se bailaron con más jondura y categoría estética.»

«Además —me agrega Ríos Ruiz—, hay algo que nadie o casi nadie ha subrayado como se merece: la influencia que Lola ha ejercido sobre otras bailaoras, aunque ninguna de ellas lo haya reconocido abiertamente. Pero su braceo característico ha sido una destacada aportación al baile en las últimas décadas. Y con su braceo, sus escorzos, tanto hacia arriba como hacia abajo, ese difícil "baile agachao" que ella prodigaba con tanta personalidad y garbo, ¿no lo hemos visto después, por ejemplo, en Manuela Vargas, Cristina Hoyos y otras bailaoras? Claro que sí. Y quien no admita estas realidades del bien bailar de Lola Flores es un lego en flamencología, aunque haya escrito muchas críticas o muchos libros, porque carece de capacidad de entendimiento natural para ello y de sensibilidad para darse cuenta de lo que es verdaderamente lo flamenco. Lola Flores era artísticamente mucho más que "una fuerza sobrenatural", "una leyenda viva", "un ser irrepetible", "un genio", "un torbellino"... Era una flamenca legítima. Y esa es la razón de que pareciera todo eso que dicen que fue. Sin esa entidad sentidora y sin esa esencial cualidad, no se puede entender la personalidad de Lola Flores encima de las tablas.»